

La constante de Hubble

Antón Gorordo Alcalde

La constante de Hubble

SEPTEN EDICIONES

Para Elena

UNA HUIDA SIN RETORNO

Entre besos, dos figuras abrazadas —de bata blanca ella, de bata verde él— susurraban secretos que añadían una incógnita más al despertar de Ulises. La sucesión de colores planos y geometrías superpuestas, el zumbido de un aparato eléctrico, en nada ayudaban a reconocer el instante. Los tubos en su cuerpo, el calor en la piel, la sequedad de la boca, no se desvanecían por más que él tratara de hallar la luz. En su habitación, entró un hombre con una gabardina húmeda por la lluvia que, ahora, él escuchaba por la ventana. La enfermera —así volvían los recuerdos, de improviso Ulises descubría un uniforme bajo el algodón blanco y la cofia que ordenaba la cabellera rubia— protestó nerviosa por una visita fuera de horarios, mientras abotonaba su bata. El hombre de la bata verde tomó una carpeta colgada a los pies de la cama y, tras unos rápidos garabatos, desapareció.

Ulises intentó llamar a alguien, pero de pronto todos abandonaron su habitación. Entre las brumas de la semiinconsciencia, alcanzaba a recordar que debía huir. Después, volvió a dormirse.

Le despertaron las palabras de la enfermera: algo sobre encontrarse bien y que en unos minutos vendría el doctor, sonrisas. Cantos de pájaros en la ventana; un golpe de viento debió asustarlos. Los recuerdos, como cubos rebotando contra el suelo, empezaban a encajar. La muralla recuperaba su silueta: nombres, lugares, momentos que ya no volverían pero que afianzaban los cimientos con una forma de ver y de sentir; luego, pensó en lo inmediato: ¿qué hacía él en aquella habitación de cama y sillas de acero?

Un accidente de coche sin graves consecuencias, aunque con algunas heridas que parecían de bala, habría que informar a la policía si sus explicaciones no resultaban convincentes, de momento debía descansar, el médico vertía frases rápidas en cualquier dirección salvo en la de sus ojos. Ulises pensó que le quedaba poco tiempo para escapar. La enfermera estiró la colcha y preparó unas pastillas de colores. De nuevo, volvió a dormirse.

Ulises giró la cabeza, unos días en aquella habitación sin coger afecto a ningún detalle. En una semana se recuperará, le

habían dicho los médicos. Él ya había decidido no tomar más somníferos, necesitaba dejar el hospital sin demora. Aspiró aire. El olor, una mezcla de alcoholes y materiales plásticos, perduraría más. Abrió la puerta. Los corredores del hospital acallaban el taconeo gomoso de las enfermeras. Las lámparas de emergencia destacaban las penumbras de las esquinas. Ocultó sus vendas con el abrigo y forzó el paso. Mientras bajaba las escaleras, se cruzó con dos celadores que conversaban en una jerga entrecortada de exclamaciones. Todo había sido rápido, en los hospitales nunca prestaban demasiada atención a los desconocidos. Ya en la calle, apretó la mandíbula para borrar el sabor metálico de la boca. Hasta su apartamento quedaban unos tres kilómetros de asfalto y semáforos, un paseo para sus piernas todavía fuertes.

Por las calles de Madrid, entre garitos y agua del riego, las ventanillas bajadas de los coches vomitaban una mezcla de música, y caras entre sombras. Bajo las luces de neón de la Gran Vía, apostadas junto a locales cuyos rótulos desgastaban las palabras, unas mujeres contoneaban los cuerpos. Al llegar al barrio del Retiro, Ulises escuchó sus pasos contra la calzada.

El cajetín del correo, junto a la rejilla del ascensor, mostraba una lengua blanca en capas rectangulares: cartas del banco y ofertas comerciales. De pronto, le venció la distancia. Oprimió el botón del quinto piso, ahora mismo dormirían los vecinos. Metió unas prendas en la bolsa de viaje, la huída necesitaba poco equipaje.

Dibujó un caza japonés, con su círculo rojo y el rectángulo blanco sobre las alas, precipitándose contra un buque de guerra, y lo sujetó con un imán al frigorífico. Ellos le buscarían, siempre lo hacían, incluso en este momento podrían estar ya en el portal esperando a que él bajara. Abrió la caja fuerte y sacó su revolver y un fajo de billetes. A los compañeros no les gustaría, iba contra las reglas, como casi todo lo que había hecho desde su último trabajo, pensó. Se acercó al frigorífico, y en unos breves trazos dibujó, junto al avión, un paracaídas con un monigote. Si encontrara un lugar donde ordenar su cabeza, quizás descubriera la forma de que ellos le olvidaran, si no, todo terminaría rápido.

Camino de la estación de autobuses, escuchó la sirena afónica de una ambulancia. El tiovivo de luces rojas se destacaba en la distancia.

El camión de reparto —Comercial Martínez, bebidas y refrescos— levantó una nube de polvo al alejarse. Las ruedas crepitaron sobre la arenilla. El camarero pasó la bayeta sin fijar los ojos en la mesa. Una película de minúsculas burbujas arrastró los restos de patatas fritas. Las cuatro de la tarde, cuatro tañidos seguidos reverberaron en las calles. El calor mecía el almuerzo en un dormir el presente. Ulises puso en hora su reloj, y luego despejó la frente con la palma de la mano, la piel destilaba una humedad que secaba el aire tórrido del verano.

El camarero —la chaquetilla blanca mostraba, bajo el cuello, una maraña de pelos negros— trajo un café con hielo y el solo con un chorrito de anís para Don Antonio, el boticario. Ulises apuró el café, amargo en la garganta. Su lengua borró el cerco oscuro que orlaba los labios. A veces, en sueños, retenía imágenes: un campo de encinas con las laderas hacia el cielo, pájaros sobre un poste de madera, y al fondo, unas voces que, a punto de entender, escapaban incomprensibles. La noche de su accidente llovió mucho. El arroyo desbordó su cauce en un ennegrecer las aguas con hojas y tierras pardas. Las nubes ocultaron la luna, no quedarían más luces que los faros salpicados de barro. Mientras conducía, debió encontrar algo en el camino; quizás un marrano que merodease por los arbustos próximos a los sembrados. Las huellas de los neumáticos derraparon sobre un talud que cedió con la corriente; luego, el árbol. Nadie reparó en su ausencia, hasta que con la mañana le encontró el pastor que juntaba las reses desperdigadas por la tormenta.

—La gente de Madrid sólo viene en verano —Antonio, el boticario, movía, cerca de su rostro, la carta de los helados.

Ulises había parado en este pueblo, entre muchos, por el tono azulón de sus casas. La proximidad de la muerte había despertado su percepción. Ahora, los colores transmitían diferentes matices a sus estados de ánimo, y una suerte de premonición que le adelantaba la calidez o la aspereza del lugar. Había acep-

tado, todavía sin resistencia, esta nueva guía de su vida, quizás porque le había alejado, casi sin esfuerzo, de sus antiguos territorios.

—¿Qué le dijeron en el hospital? —los ángulos del rostro de Antonio se iluminaban bajo su mirada atenta.

Los médicos habían sospechado desde el principio de las heridas de Ulises en el brazo, como por el roce de un disparo había dicho un interno que dejó para más adelante la llamada a la policía, seguramente porque pensaba que se debía a un accidente de caza. Él, ante las sábanas blancas y una pantalla de televisión en negro, insistía en un vuelco de su coche en el campo, sin testigos. El único daño, aparte de sus contusiones, había sido un todo terreno destrozado, pero mientras daba estas explicaciones, imaginaba que pronto encontrarían el vehículo con los orificios de bala y las manchas de sangre.

—Me aconsejaron que pasara una temporada en un lugar tranquilo —contestó Ulises, sin desvelar sus verdaderos pensamientos.

—Una idea sensata, y se lo digo yo que tengo una farmacia — Antonio metió el dedo índice en el café. El *carajillo* de la sobremesa debía enfriarse. Asió la taza con parsimonia, el labio inferior sobresalía en una doblez que mostraba, engastada en una masa rosácea, una fila de dientes regulares. El aroma del anís y el sorbetón prolongado se entrelazaron.

Aquella mañana, al bajar Ulises del autobús, ya tomada la decisión de pasar unos días en este pueblo, el primer lugareño a quien preguntó le había recomendado al boticario para alquilar una habitación. No le costó encontrar la farmacia en la plaza mayor, junto al ayuntamiento. Cuando Antonio conoció sus intenciones, se fueron al bar. Primero la comida, y luego la sobremesa. Antonio, que siempre había desconfiado de los forasteros, no paraba de hablar. Ulises, en apenas unos monosílabos, explicó que venía convaleciente de un accidente de coche. Con el rostro en un punto imaginario del horizonte, una barba de tres días, y un brazo vendado, dejaba pocos resquicios para indagar, si se quería respetar la intimidad de un dolor demasiado cercano. Alrededor de esas pocas palabras, el boticario le cons-

truyó rápidamente un pasado sencillo, cortado abruptamente por una desgracia, cuyos detalles aún debía conocer. Después, en su papel de patricio local, empezó a presentarle a los vecinos con unas breves frases: Ulises venía de Madrid, y había elegido el pueblo por su tranquilidad. Luego, con unos añadía las posibilidades turísticas del lugar, y con otros que no valoraban la suerte de vivir allí, en un oasis de paz.

Las monedas tintinearón contra la mesa. El camarero aventuró una tormenta que desbaratara aquel bochorno. Al levantarse los dos hombres, las sillas chirriaron.

Antonio poseía las casas que flanqueaban el último callejón del pueblo. Él y su familia vivían en la primera planta de la más grande, con su viejo escudo sobre el portalón de entrada. Los fines de semana, ofrecían tres habitaciones de la segunda planta, cama y comida por un precio razonable bajo el lema del turismo rural. La otra casa, en su día la vivienda del servicio, la alquilaban a la maestra del pueblo.

Se despidieron en el zaguán, junto a los escalones de piedra que precedían a la escalera de madera.

Los visillos de la alcoba de Ulises temblaron al abrir la puerta. Se acercó a la ventana, sus brazos en el alféizar. Las geometrías de la fachada vecina —huecos, bajantes, el fluir de las tejas— lastraban sus párpados. En la cornisa, unas palomas preparaban el vuelo que las llevaría a otras alturas. Más abajo, tras una persiana, se adivinaba una espalda de mujer, su pelo, oscuro, destilaba humedades. Empezó a sonar una música. Ulises temía ponerle un rostro a aquella espalda. La noche de su accidente, había preparado una hoguera con unos troncos sobre unas piedras. Alrededor, unas cenizas marcaban los lindes de otros fuegos. Esperaban a un contacto en medio del bosque, y hacía frío. Ulises sacó un chisquero y prendió las hojas de un periódico. Un coro de gritos celebró los primeros chisporroteos. La brisa de la noche avivaría las llamas. Ulises miró el reloj, y con cautela se alejó hasta las encinas más próximas, en la mano sujetaba un vaso de vino que alguien había repartido nada más llegar. Sentado en el suelo, la buscó con la mirada. La luna marcaba un camino sobre las aguas del pantano que terminaba junto a ella.

Pronto arrancaría el ti vivo. Podría haberla llamado para alejarla del peligro, pero sus superiores se lo habían prohibido tajantemente; él debía desaparecer sin testigos, para luego poder articular cualquier historia que explicase lo sucedido. Pero ya entonces, Ulises sabía que aquello terminaría mal. La redada le dejaría al descubierto en cuanto ellos empezaran a sumar y restar y concluyeran que el único traidor podía ser él. Comenzó a sonar una música, una de esas canciones de verano, con una letra banal, desbancó a los ruidos del soto. Entonces, sonaron las sirenas de la policía y una voz que a través de un megáfono les pedía que se entregaran, estaban rodeados. Escucharon los primeros disparos. Ella, tras unos arbustos, le gritaba que acercara el todo terreno. Los tiros silbaban por todas partes, también alrededor del vehículo de Ulises, al que éste había logrado llegar desde su rincón entre las encinas. Con los ojos cerrados, Ulises recordaba mejor las curvas de piel tostada y los cabellos tupidos de la mujer que el gesto de su rostro cuando ella comprendió que no la socorrería. Arrancó el todo terreno y salió en estampida entre los árboles. A su espalda, escuchó unas ráfagas más de automáticas, y de pronto el silencio. Todavía no se atrevía a encender las luces por miedo a delatarse. Entonces todo se volvió negro, sintió el cuerpo dando vueltas y un ruido final. Salió como pudo del vehículo, y vagabundó por el campo hasta que cayó exhausto junto a un camino de tierra.

Ulises giró la cabeza hacia su izquierda, entre los campos amarillos y ocres, una hilera de chopos. Una nube, sobre un fondo morado, concentraba las miradas. Arriba, el frío debía cortar la sangre. Nadie entendía el frío, el cuerpo temblaba y se encogía en una paz sin retorno. Sus párpados cayeron unos grados hasta un sueño difuso que comenzaba antes del accidente. Aquí y aquí, con su dedo señaló el corazón y la cabeza, faltaban piezas. Alzó el rostro, el cuello torcería su piel. Las razones de esto o aquello estaban condicionadas por esto o aquello. Debía comenzar desde el principio, en una dirección que no sabía hacia donde apuntaba. Todavía ahora, en una cavidad de su memoria, unos gritos revivían el tiroteo y el volcar del vehículo hasta el arroyo, con los hierros y las gomas sobre el talud. Y sin embargo, una conexión rota, un dolor intenso, bloqueaban sus imágenes. ¿Cómo sustentar su

pasado sin los pequeños pasos, el aleteo de los párpados, el aliento de los otros? Las percepciones, los pensamientos, los sentimientos, desvanecidos de improviso, daban una calidad huidiza a su realidad. Rota su conciencia, ¿podía creer en algo que permaneciera?

Las diez de la noche. En la ventana frente a la de Ulises lucía una bombilla. Las voces de una mujer y un hombre volvían de un agotar las razones.

—En la nevera tengo gazpacho, fruta y queso. Come algo antes de irte, y cierra bien cuando salgas —la mujer dejó el salón y encendió, en el dormitorio contiguo, una televisión muda. Los resplandores azulones se reflejaban en las paredes. Ella se tumbó en la cama, los ojos fijos en el techo.

Una lechuza rompió el silencio. Sonó el teléfono, tras una vacilación, él apuró un *bol*, y desapareció dando un portazo.

La mujer apagó la televisión. La luna destacaba una oscuridad que espesaba en los rincones. La blusa resbaló por los brazos, una tirilla blanca atravesaba los hombros. Entonces, ella se dobló en dos sobre la cama y arreciaron sus lágrimas.

Unos pasos, cada vez más débiles, alejaron al hombre.

Ulises se levantó de la silla y se asomó al callejón. De ella, entre líneas de luna, apenas había visto su piel parda. La observaba porque al hacerlo, no tomaba otra decisión que la de apostarse frente a un dormitorio ajeno. Los colores oscuros, la algarabía de los insectos, una mujer imaginada hermosa en la distancia, todo cebaba las culpas de sus recuerdos.

Llevaba tres días sin probar el alcohol: primero el hospital, luego la marcha apresurada de Madrid. Ahora, lo necesitaba. Al bajar las escaleras, escuchó una radio. El calor aflojaba, sin soltar esa humedad persistente bajo las axilas. La cadena de una motocicleta, aparcada junto a una señal de tráfico, hubiera oscilado con la brisa de no ser metálica. Las farolas del Paseo Principal iluminaban las fuentes y las hileras de plátanos. Por las calles del pueblo, los adoquines se encaramaban para mostrar, en un intento por huir del suelo, agujeros de negro noche. Can-

tó una lechuza, y sin una razón, él arrojó una piedra contra los campos de trigo que bordeaban las casas; luego, aceleró el andar.

En la terraza del Bar Avenida, un oasis de luz en aquella calma chicha que presagiaba tormenta, Ulises, con la vista en las estrellas, escuchó sus pasos contra los tablones del suelo hasta sentarse en una silla. Sobre su firmamento, cubierto de espejos con agujeros evanescentes, las sombras se cruzaban en combates que nunca terminaban. En la mesa contigua, el hombre de la ventana del callejón, que apenas había contestado con monosílabos a la mujer, hablaba con su vaso en un murmullo ininteligible.

—¡Camarero!, otro de lo mismo —el hombre, sin prestar atención al recién llegado, levantó el vaso y dejó caer la cabeza hacia atrás. En ese instante miraría al cielo, tal vez incluso cerrara los ojos. Los hielos repicaron antes de que él apurara su bebida; por el color sería *brandy*, tal vez *whisky*.

Del interior del local llegaron los cánticos de una boda. Pronto salieron los primeros invitados, las corbatas flojas, los maqui-lajes sin brillo. Unos niños, armados de palos en forma de escopetas que disparaban entre ellos, se parapetaron tras las mesas del hombre y de Ulises. Una madre reprendió a un muchacho y pidió disculpas. El grupo salió al jardín. En la trasera del local, un columpio mal engrasado sonaba rítmicamente.

—Juegos de niños... —susurró Ulises, como si necesitara vocalizar la realidad circundante para que esta no desapareciera bajo el avance de las pesadillas.

El hombre le miró y volvió sin decir nada a sus silencios. Su rostro, ceñudo, apuraba las copas en tres tiempos para volver a pedir otra al camarero.

Los niños regresaron del jardín y tras dos carreras que llenaron de risas la terraza entraron en el local. El hombre golpeó la mesa con su vaso y dijo:

—¿Quiere una copa?

Ulises se fijó en los ojos del desconocido, que como globos azules llenos de agua, aquietaba las voces de dentro. Con aquel hombre, que llevaba el fracaso grabado en su rostro, el Ulises de una semana atrás no habría perdido ni un minuto, y sin embar-

go, ahora, esa derrota en sus facciones encendía luces en el nuevo mundo por el que él transitaba.

—Gracias, tomaré otra de lo mismo —Ulises señaló su vaso vacío.

—¡¡Jefe!! —el grito atravesó la terraza antes de que una cabeza asomara por la ventana de cocina—. ¡¡Dos de lo mismo!! —el hombre sonreía, el alcohol parecía darle una fuerza imprevista que acaso alcanzara otras comprensiones.

—Me llamo Ulises.

“Nunca des tus datos verdaderos” —le habían repetido muchas veces:— “acostúmbrate a usar nombres diferentes”. Pero ahora, Ulises sentía que debía arriesgarse al menos con su nombre, aunque inventara todo lo demás. Cuando salió en estampida de aquella emboscada, les traicionó; sobre todo a ella. Antes de empezar aquel trabajo, le habían prevenido sobre esa reacción. Si la tenía, le dijeron, se pasaría con el tiempo. Ahora, huir le ayudaba a retrasar lo inevitable. Debería construir una nueva identidad, y tirar para adelante. Sin un pasado, sin unos recuerdos que le persiguieran, cualquier yo sería posible; quizás así ellos no le encontrarán.

—Yo Diego.

—... ¿De quién?, ¿de quién? —precedido de un ruido de puertas, un camarero torció la cabeza hacia atrás.

—... ¡Gol del Barcelona! —desde el interior del bar, una voz provocó el desfallecimiento en aquellos hombros de chaquetilla blanca que, mientras se acercaban a la mesa, transmitieron una leve oscilación a la bandeja de acero.

Bebieron en silencio. La noche movía los arbustos del jardín con una brisa que apenas refrescaba. Desde la boda llegaron las primeras notas de una canción del verano. Escucharon los cantos de la gente al bailar.

El portazo resonó cerca.

—¡Ese arbitro esta *compra*! Un hachazo dentro del área, así ganan los grandes, pedazo de... ¡Menudo penalti! ¡¡Será *cabrón*!! —el camarero alcanzó la mesa en tres pasos. Durante un segundo les miró como si lo hubiera olvidado todo, después dejó la nota

sobre la mesa. —Vamos a cerrar. Se hace tarde —una mancha húmeda recorrió el centro de la cuenta hasta una de las esquinas.

—Probando, probando,... uno, dos,... uno, dos... —al otro lado del río, un altavoz curvó el espacio.

—¿Qué es eso? —preguntó Diego.

—La verbena —el camarero manoseaba el billete de dos mil, mientras buscaba en el bolsillo unas monedas difíciles de contar a la escasa luz de la terraza.

Un altavoz distorsionó los primeros compases de la música. Luego, una melodía pegadiza destacó una dirección. Atravesaron un puente. Desde arriba, una caída levantaría salpicaduras rojas. Tras una curva marcada por una hilera de chopos, descubrieron las norias, los churros, los niños que corrían. En el centro de la explanada, el puesto de tiro con sus filas de palillos y esos rostros apretados contra las carabinas. Una mujer joven animaba a los mirones a participar.

—¡Cómo os agarre, bribones! —gritó la encargada del puesto.

Tras las risas en carrera, cuatro impactos circulares se desdibujaron en una retícula roja que avanzaba desde las dianas del carromato hacia el suelo.

—¡Esos niños otra vez! —un hombre, de rostro congestionado y calva brillante, explicaba cómo aquellos gamberros también habían arrojado bolsas de pintura en su tenderete.

—Rojo —masculló Diego entre dientes.

—Deja los colores y apunta al blanco —Ulises encajó el perdigón en la recamara. Sentía la tentación de apretar el gatillo. La sangre había manchado su rostro de rojo. Ella no esperaba que la abandonara. Luego, perdió el control en una curva y el coche derrapó. A la mañana siguiente, caminó por el monte hasta la carretera. Allí le encontró un camión de reparto. La ambulancia tardó poco en llegar. En el hospital dio una de sus identidades falsas, a veces le costaba recordar su verdadero nombre. Cerró los ojos. Los gusanos de colores que se movían tras sus párpados todavía le sujetaban.

—¡Venga señor, qué es para hoy! —la encargada del puesto protestaba por la tardanza en tirar.

El disparo sonó afónico, como si faltara comprensión. Una astilla saltó en el tabique del fondo. En las estanterías más altas, unos ositos ofrecían sus pelusas marrones. Diego dejó la carabina sobre el mostrador. Sus ojos habían recobrado la lucidez.

—Esos juegos, si no estuvieran trucados, no ganarían dinero —dijo Ulises tratando de borrar, en su campo visual, un rojo líquido que escurría por los párpados.

—Sin ofender oiga. Váyase a otro sitio si no le gusta —la mujer movía los brazos como un molino. A unos quince metros al frente, un hombre fornido vio la señal y se acercó.

Ellos se fueron para evitar una discusión. Diego daba traspiés. Un minuto antes sujetaba la carabina sin un temblor, y ahora, de no haberlo remediado un poste, hubiera caído al suelo. Tras unos pasos vacilantes, el alcohol empezaba a encontrar los recovecos, se apoyó en el hombro de Ulises. Este, le agarró por una axila y empezó a caminar con cuidado, pero Diego se desembarazó bruscamente de Ulises, como si le humillara la ayuda. Solo, en mitad del paseo, tropezó con el bordillo del parterre. Se sucedieron dos, tres, hasta cuatro traspiés; parecía que nunca se desplomaría. Rodó entre los rosales, varias espinas atravesarían sus ropas.

A Ulises aquella concatenación de torpezas y alcohol le hizo sentirse más cerca de Diego. Los dos remaban en aguas oscuras, donde el desastre podía aparecer en cualquier cambio de viento. Avanzó unos pasos para ayudarlo, pero antes de llegar junto a él, pateó un objeto duro contra un banco. La pistola apuntaba su rostro cuando, de rodillas, buscaba la causa del ruido. Ulises agarró el arma y la alzó para que Diego pudiera verla, de pronto se le había enfriado el ánimo.

—Los joyeros estamos autorizados por los atracos —Diego pegó su cadera al brazo de Ulises. Bajo la chaqueta de lino, él sintió la cartuchera.

—¿Serías capaz de disparar contra alguien? —Ulises cabalgaba de nuevo sobre campos de noche. Poco le importaba la respuesta de Diego, él conocía el tacto ligero del gatillo, la suave presión de un dedo, el ruido instantáneo que dejaba paso al silencio, el reguero rojo. Había hecho la pregunta con la retórica

de su pasado: las cosas acontecían sin necesidad de razones. Una fuerza insensible a cualquier sentimiento había gobernado su mundo. Ahora, con esos nuevos lindes que sentía extenderse a su alrededor, pretendía descubrir la esperanza en los demás.

—Depende de las circunstancias —contestó Diego.

Un camino de tierra. Cien metros adelante, un árbol fijaba los ojos de Ulises. Un hormigueo en los dedos al volante. A su espalda, todavía resonaban los disparos y los gritos de quienes habían convivido con él durante meses. En un recodo del camino, paró el vehículo para observar, en el retrovisor, el espanto en su rostro. Había convivido con ella durante meses, para renegarla cuando afrontaba la muerte. Apretó el acelerador a fondo, como si también debiera huir de sí mismo. El barro, los taludes, el lecho del río: ningún obstáculo explicaba su accidente. Quizás había sido el destino, o el resplandor de un rayo. Aquella noche cayeron varios en la finca.

—Busquemos algo de beber —Ulises sintió cansancio en los pies, y un sudor espeso por la piel.

Diego guardó el arma en su costado. Un rostro altanero prevenía cualquier pregunta sobre su destreza, luego volvió la cabeza hacia el puesto de tiro. La encargada colocaba la carabina sobre un estante, mientras protestaba de las tasas municipales con un camarero del Avenida.

El coche surgió de improviso desde la curva, dos haces amarillentos en la negrura de la noche. Cayeron en el arcén junto a un charco inverosímil en aquel verano tórrido. Entre lodos, convulso hasta que la visión de las estrellas le tranquilizó, Ulises sintió el aliento a brandy de su compañero. Llenó sus pulmones de un aire cálido y seco, y añoró un frío implacable que borrara el presente. Nada parecía corresponderse con el orden que hubiera alejado las incertidumbres. Ellos le buscaban, si no había sido ese coche, sería otro. Húmedos los pantalones y la camisa, se ayudaron los dos hombres a incorporarse. Unos metros atrás, la verbena continuaba su letanía de timbales y voces disonantes.

—Vuelvo a mi alcoba, necesito una ducha —vencido por un malestar físico, Ulises quería estar solo.

La calma del pueblo contrastaba con el bullicio de la campa en

fiestas. Diego tomó la dirección del Bar Avenida. Al andar, trazaba líneas oblicuas que, a punto de chocar con un obstáculo, giraban en un nuevo ángulo. Luego, comenzó a cantar; imposible entender la letra apelmazada en una lengua de estropajo. La música, por momentos, sonaba a una composición de moda, repetitiva y simplona.

Ulises abrió la cerradura con cuidado, y aunque subió a paso de lobo, uno tras otro chirriaron los escalones. El agua sobre su piel disolvió el barro y la suciedad. Se envolvió en una toalla. Desnudo sobre la cama, observaba puntos oscuros contra los párpados azules, naranjas, violetas.

Voces del callejón. Su cabeza oscilaba suavemente, el alcohol no olvidaba su después: la garganta áspera, la boca pastosa. Se asomó a la noche de los insectos. En la casa vecina, dos figuras en una bruma que ganaba nervio con la altura recortaban una luz baja. De espaldas, ella agitaba los brazos; de frente, Diego aguantaba sus razones. “No quiero herirte más, será mejor que no vuelvas”, dijo ella. Por fin Ulises comprendía una frase sobre los restos de brandy y cerveza. Bajó los ojos hacia sus piernas, una presión dorada aceraba el bajo vientre. Avanzó a oscuras, ya conocía las trampas de la habitación, y podía moverse con los ojos cerrados entre sillas y lámparas de pie. Desde el baño, entre el sueño y la vigilia, escuchó una detonación seca. La nariz sintió una nube vaporosa; en la boca, un picor amargo. Se asomó a la ventana, ella apagaba la lámpara. Si había ocurrido una desgracia, debía abandonar el pueblo de inmediato, pensó. Había sido uno de los últimos en hablar con Diego, además, recordó con una punzada, el arma de Diego llevaría todavía sus huellas. La policía descubriría pronto su verdadera identidad, y detrás de ellos, vendrían los demás. Le cabían pocas dudas de la facilidad de quienes había traicionado para conocer las informaciones oficiales. Escondió su revolver en un bolsillo del albornoz. En un momento, llegó hasta el armario del zaguán donde guardaban las llaves, un cajoncito repleto de racimos metálicos con etiquetas escritas a mano: calderas, sobrado, primer piso... En la calle, con el manojo de la casa de enfrente, probó diferentes encajes en la cerradura del portal. Mientras pulsaba el timbre del segundo piso, se anudó el cinturón, luego metió la mano en el bolsillo del revolver.

Ella abrió la puerta con un cigarrillo entre los dedos. La escasa luz que trepaba desde la calle dibujaba su silueta contra la puerta abierta. Los colores tomaron al asalto el momento. Gamas de azules hasta los morados, marrones al negro, la noche y la luz tornaban los tonos en delicadas veladuras que atrapaban las miradas de Ulises. Él sentía, de pronto, que todo tenía un significado, pero sólo alcanzaba a desvelar una sensación de tormenta en el aire.

De repente, en una sucesión rítmica, explotaron varias cargas coloreadas. El pueblo en fiestas tiñó de reflejos las paredes de la casa: el rojo sucedía al verde o al amarillo. Las pupilas de Ulises se saturaron de colores, y él reconoció lo que había sido incapaz de identificar.

—Perdón, confundí los cohetes con un accidente, mejor me marchó —él recordó entonces haber escuchado a alguien, en su pasear, que los fuegos cerrarían la fiesta.

Ella giró hasta darle la espalda —oscuridad mate, oscuridad brillante en los perfiles. Los truenos rasgaron los cielos por encima de los fuegos artificiales. Un repicar de lluvia aturdió sus oídos. La mujer asomó la cabeza a la calle, una farola encendida contorneó su cuerpo contra el camisón blanco.

—Se veía venir la tormenta —ella buscó algo en una repisa y ya en la puerta dijo:— Dele esta llave. A estas horas, Diego no encontrará donde dormir. Ahora, le ruego que me deje —. Sujeta la mano de Ulises al pomo de la puerta, ella añadió con una voz cálida:— Diego me contó su encuentro en el bar, le vino bien hablar con usted.

Ella cerró la puerta.

La lluvia fue breve.

Ulises se vistió a oscuras, con la mirada en el otro lado del callejón. Cogió un paraguas del guardarropa y paseó sin rumbo fijo. El agua, encharcada en los huecos de la calzada, reflejaba las luces. Se sentó en un banco del Paseo Principal.

Las seis de la mañana. La verbena destilaba voces y risas. Él se acostó sobre el banco. La cabeza dio unos breves tumbos. Sus pies colgaban por el borde del asiento. Un resplandor anunció

el alba. Las primeras franjas anaranjadas desvelarían los escondites de la noche. Los gusanillos de colores bajaban por el envés de sus párpados. Sus referencias invadían otras referencias, hasta ligar los tonos en una mancha turbia. De haber extendido el brazo, hubiera alcanzado los sueños que aterrizaban a un palmo de su conciencia.

Apretón en su hombro.

—Perdí el primer autobús —dijo un Diego de profundas ojeras—. A las nueve sale el siguiente. Me voy.

Ulises palpó la llave de Laura en su bolsillo. La búsqueda había terminado. Observó la venda que tapaba la muñeca izquierda de Diego, con una mancha roja, como de un volar de mariposas. Podía haberse herido al caer contra una botella rota, como él insistía en explicar ante sus preguntas, o por el roce de un disparo, pensó. Con muchas copas de más, quizás él hubiera confundido un cohete de fiestas con la detonación de una pistola, pero no sonaban igual. Apartó de la cabeza estas ideas, sin Diego en el pueblo, ya importaban poco.

Avanzaron por la calle en silencio, frente a ellos, una luz parpadeaba las palabras Cafetería Americana.

El camarero servía los desayunos con andares cansinos. El Avenida congregaba en pocas mesas una clientela habitual que, de tanto verse, había ritualizado los papeles y las conversaciones. En las paredes, habían pegado carteles taurinos —feria de San Isidro, feria de Sevilla— y estampas de la liga de fútbol. Eligieron una mesa bajo una fotografía del Real Madrid con las firmas de los jugadores; temporada 92-93.

Diego, más gordo a la luz del día, con las ojeras rojizas y la barba cana por la comisura de los labios, sujetaba una jarra de cerveza. En la mirada o en las palabras de Ulises, buscaba un reconocimiento que no encontraba. Golpeó la mesa con el puño. Un vaso cayó al suelo. La mesa contigua interrumpió los murmullos.

—¿Está todo bien? —el camarero advertía con desgana que en aquel local apreciaban la tranquilidad.

—Eso me pregunto yo —Diego corrió la mesa unos centímetros, y barrió con los pies los cristales del vaso hasta amonto-

narlos junto a la pared.

El camarero enarcó las cejas como si esperase otra respuesta.

De nuevo en la calle, bebieron un último trago, imposible conocer a aquellas horas el combinado de la petaca. Ella se llamaba Laura, Diego acababa de confesarlo.